

# “El impedimento somos nosotros”

por Daniel Gianelli

“En los últimos veinte años han gobernado todos los partidos, cada uno con sus debilidades y fortalezas, pero ninguno de ellos instrumentó los cambios que sabemos que hacen falta en nuestro país para proyectarnos hacia la prosperidad en el siglo XXI. Todos los gobiernos hicieron ajustes tácticos para poder seguir existiendo en el siglo XX, que ya terminó hace diez años. Quinquenio tras quinquenio nos quedamos esperando. Siempre pensando que el próximo gobierno o el próximo partido iba a traer los cambios. Luego de que se tumaron todos nos dimos cuenta de que el impedimento no era el partido de turno en el poder. El impedimento somos nosotros mismos”.

Las removedoras palabras del rector de la Universidad ORT, Jorge Grünberg, sacudieron el 29 de julio la mente de decenas de estudiantes, y de sus padres, que colmaban las instalaciones del Teatro Solís en la ceremonia de graduación de alumnos de dicho centro educativo. En su discurso, Grünberg llamó a los jóvenes en su condición de ciudadanos a promover un “nuevo liderazgo nacional”, “imaginativo y decidido a enfrentar a las corporaciones y las vacas sagradas que se oponen a los cambios; un liderazgo capaz de unificar a los uruguayos en torno a una nueva visión”.

No es común que desde el ámbito académico privado se arriesguen juicios tan claros y precisos sobre la realidad política del país. Menos aún que ello ocurra en plena campaña electoral y que se atribuyan responsabilidades. ¿Para qué abandonar la “comodidad” y el prestigio de la vida académica para meterse en honduras en tiempos de borrascas alimentadas por intereses personales y la pasión política?

Aun sin reconocer que en el período indicado existieron impulsos de cambios modernizadores y palos en la rueda para impedirlos, el punto de vista del rector de la Universidad ORT tiene la virtud de provenir de la academia, pero sobre todo por ser una opinión independiente, incontaminada de intereses partidarios o sectoriales. Ha sido un viento fresco que, elevándose por sobre las preocupaciones del día a día que dominan a gobernantes y políticos, nos exhibe una cruda realidad que muchos no ven o no quieren ver. Y nos enrostra a los ciudadanos, a todos, como corresponde en un régimen democrático, nuestra propia responsabilidad ante tal estado de situación.

En su discurso, Grünberg fue directo en sus juicios. Instó a los recién graduados a fijarse “metas ambiciosas” en la vida, a ser “exigentes” consigo mismos para poder “exigir a los demás” y, como un signo de los tiempos que corren, les reclamó “darle una chance al Uruguay antes de considerar irse al exterior”, porque “Uruguay no es lo que vemos hoy, Uruguay es lo que entre todos podemos hacer de él en el futuro”.

Entrevistado el viernes 14 en el programa “En Perspectiva” de radio El

Espectador, Grünberg ahondó en su planteo del Teatro Solís en pro de un “activismo ciudadano”, resaltando “el derecho” y “la obligación” de los jóvenes de “exigir a sus representantes y a quienes les piden el voto”, que les presenten “una visión coherente, no un mínimo común denominador de lo que va a ofender menos, (...) de lo que va a generar menos rechazo en la opinión pública”. Tienen derecho, dijo, a exigir “una visión coherente, clara”, a decirles a los políticos: “muéstrame cuál es su visión para adelante”.

Dado que no tenemos la posibilidad de ser una potencia industrial, no tenemos cantidad suficiente de recursos naturales, suficiente tamaño como país, ni tenemos suficiente lobby político en el mundo para abrir o cerrar mercados, opinó que la “única estrategia para tener un Uruguay próspero en el futuro es transformarnos en un país productor y exportador de conocimiento”, aunque advirtió que ello no debe interpretarse sólo como “un Uruguay tecnológico”, porque toda producción “puede estar enriquecida por conocimiento”.

Para ello hay que “hacer determinados cambios que están a la vista de todo el mundo, porque son los que han hecho”, por ejemplo, Nueva Zelanda, Singapur, Israel, Taiwan, Corea del Sur, Finlandia, Irlanda.

¿Qué debemos cambiar entonces?

Como tantos otros compatriotas, Grünberg consideró fundamental lograr un cambio cultural que suponga superar nuestra aversión al riesgo, modificar nuestra actitud frente a la educación (que “tiene que ser un recurso público accesible a todo el mundo” cuando hoy “sólo 10% de los uruguayos tienen estudios superiores”) y “redefinir nuestro sistema educativo” para lograr mayor accesibilidad, dotarlo de flexibilidad y descentralización, “de acceso meritocrático” y que “promueva el talento en lugar de asfixiarlo, como hoy”.

Un cambio cultural que implique asumir una actitud distinta frente al emprendimiento (“debe ser más fácil la creación de emprendimientos, especialmente los de alto valor agregado”), crear “un mercado de capitales para apoyar a las personas a crear emprendimientos propios” y “hacer más flexibles las relaciones laborales”, dado que en un país productor de conocimientos “la vieja dicotomía entre capital y trabajo no es tal”. ¿Dónde está el verdadero capital en una empresa de conocimiento, en una empresa de software, de animaciones digitales, de biotecnología?, preguntó. Y respondió: “En la cabeza de sus funcionarios, de sus programadores, que por lo general son socios” en esas empresas.

Para Grünberg, el sistema educativo, nuestras relaciones laborales, nuestro sistema financiero y nuestro sistema político “están orientados a la supervivencia de un modelo de sociedad industrial en la que trabajan muchas personas, con sueldos bajos y que agregan poco valor”, un modelo que no sólo “no nos puede

traer prosperidad” porque “está agotado”.

Todo cambio, advirtió, requiere de un liderazgo político lúcido, valiente, honesto, que le hable claro a la gente, “que le explique que el modelo se agotó y que hay que pasar a otro modelo”, distinto, “de producción de conocimiento, con más riesgo, en el que no se le puede asegurar a la gente el empleo de por vida, especialmente el empleo público”. Un modelo en el que habrá “más retornos, más recompensas, pero también más riesgos y más trabajo”.

“Si seguimos diciendo que hay que traer campesinos bolivianos o jubilados estadounidenses, mientras se nos van los programadores uruguayos para Canadá, estamos abonando nuestro viejo modelo productivo”, advirtió. Por eso consideró necesario que en Uruguay “surja un Deng Xiaoping, un líder que habiendo acompañado toda su vida a Mao, en un momento dijo: ‘China no va más de esta manera, hay que reformular nuestra manera de producir riqueza”.

Consideró que “en este momento” los uruguayos “estamos rehenes de los privilegios que han conquistado a lo largo de las décadas (...) grupos organizados”, a quienes habrá que decirles que “las rentas del actual modelo se terminaron” y que habrá que ir hacia adelante.

Porque, recordó, “se acaban de entregar 300.000 computadoras en el Plan Ceibal, y suponiendo que el Plan Ceibal sea exitoso” y “suponiendo que hayamos formado 300.000 jóvenes con un espíritu más abierto”, que entienden otros idiomas, más afines a las matemáticas y a las nuevas tecnologías, “¿qué les vamos a ofrecer cuando tengan 18, 20 años? ¿Les vamos a ofrecer las mismas oportunidades que tienen ahora? Tenemos que pensar esto, porque si a esa generación no le presentamos un país nuevo, con oportunidades para aplicar ese conocimiento que está adquiriendo, también se va a ir del país”.

Grünberg llamó a formular un “proyecto nacional” en el que “el Estado y los diferentes agentes del sector privado” tendrán que ponerse de acuerdo para “avanzar en esa dirección”, y dijo que los jóvenes, y obviamente no sólo ellos, tienen que “exigirles a los líderes” que están pidiéndoles el voto que “expliquen cuál es su programa”, porque “no podemos votar en forma tribal, como votaba el resto de su familia”.

El testimonio del rector de la Universidad ORT es una visión del drama y de los desafíos inevitables que tenemos planteados los uruguayos. Porque como bien lo señaló el destacado académico, “el impedimento somos nosotros mismos”.

Sus palabras recuerdan que en cierta ocasión le hicieron ver a Winston Churchill que los ingleses parecían dormidos ante las dificultades y los problemas que frenaban su desarrollo. “Bueno, será hora de despertarlos”, fue la lacónica respuesta del ex premier británico.